

Ví que no obtendría jamás del doctor que fuese á la fonda, y que si yo pedia demasiado no sacaria nada; tomé, pues, mi resolucion de reducirme á lo prescrito: le expliqué los cambios verificados en la situacion del enfermo, y le dije que la fiebre habia desaparecido para dar lugar á la postracion. A medita que yo exponia los síntomas, el doctor se contentaba con responderme: va bien, va bien, va muy bien; agua de limon, mucha agua de limon, agua de limon cuanta quiera, yo respondo de él. Despues, rendido por este esfuerzo, el doctor me hizo señal de que era inútil que le molestase por mas tiempo, y se volvió de cara á la pared.

— ¡Y bien! me dijo Jadin volviéndome á ver, ¿no viene el doctor?

— ¡A fe mia! querido, dice que está mas malo que vos y que podeis mejor cuidarle á él.

— ¿Pues qué tiene? ¿la peste?

— Mucho peor que eso, padece por el jaloque.

Por lo demás, el doctor tenia razon, y reconocia yo mismo en mi enfermo una mejoría notable. Como estaba mandado, pasó el dia bebiendo agua de limon, y á la noche el dolor de cabeza habia desaparecido. A la mañana siguiente estaba casi curado, quedándole solo la debilidad. Le dejé arreglar sus cuentas con el doctor y salí para hacer á pié una pequeña excursion á la aldea Della-Pace, patria de nuestros marineros y que está situada á tres ó cuatro millas al norte de Mesina.

## EL PESCE SPADA.

Encontré encantador el camino de la Pace. De un lado tenia la montaña y de otro el mar. Era dia de fiesta: se llevaba en procesion el sepulcro de san Nicolás, no sé con qué objeto, pero el hecho es que se llevaba en procesion, y que esto causaba grande alegría entre el pueblo. Al pasar delante de la iglesia de los jesuitas, que se halla á un cuarto de legua de la aldea Della-Pace, entré en ella. Estaban diciendo una misa. Me aproximé á la capilla, y encontré á todos nuestros marineros de rodillas con el capitan á la cabeza. Era la misa prometida durante la tempestad, y cuya promesa cumplian con un escrúpulo y una exactitud bien meritorias para gentes que están ya en tierra. Aguardé en un extremo á que concluyese el oficio divino; despues, cuando el sacerdote hubo dicho el *Ite, missa est*, salí de detrás de la columna, y me presenté á nuestras gentes.

No podia engañarme con respecto al modo como me recibieron; todas aquellas fisonomías pasaron de pronto de la expresion del recogimiento á la de la alegría; al instante mismo mis dos manos fueron cogidas, y por

voluntad ó por fuerza besadas y rebesadas. Despues fuí presentado á sus mujeres, y en particular á la del capitán. Eran mas ó menos lindas, pero casi todas tenían bellos ojos, esos ojos sicilianos negros y rasgados, como los he visto únicamente en Arles y en Sicilia, y que en Arles como en Sicilia tienen, segun toda probabilidad, un mismo origen : la Arabia.

Llegué á buena hora : el capitán iba á partir para Mesina con la misma intencion que me habia animado. Quería llevarme á la Pace para que viese la funcion ; yo le habia ahorrado las tres cuartas partes del camino.

Llegamos á su casa : habitaba una linda casita muy cómoda y aseada. Entrando en una salita, la primera cosa que vi fué el retrato de Peppino, que estaba frente al del conde de Siracusa, ex-virey de Sicilia. Eran, además de su mujer, las dos personas que nuestro capitán amaba mas en el mundo. Aquel grande amor de un siciliano por un virey napolitano me admiró al principio, pero luego encontré la explicacion, y los volví á hallar en las casas de todos los compatriotas del capitán.

Vi al capitán en animada conferencia con su mujer, y comprendí que se trataba de mí. Era el objeto convidarme á almorzar, y ni uno ni otro se atrevían á tomar la palabra. Les saqué del embarazo convidándome yo mismo:

Al punto todo estuvo en movimiento : Peppino fué enviado para buscar al piloto, á Giovanni y á Pietro. El piloto debia almorzar con nosotros, habiendo pedido yo que fuese nuestro convidado : Giovanni debia guisar, y

Pietro servirnos. María corrió al jardín á coger fruta, el capitán fué á comprar pescado en la aldea, y yo quedé por dueño y guardian de la casa.

Como suponía que los preparativos durarian una media hora ó tres cuartos de hora, y como yo no podia menos de incomodar á aquellas campechanas gentes, resolví aprovechar el tiempo y hacer una excursioncilla por las alturas que rodean la aldea. La casa del capitán tenía la montaña á su espalda. Un pequeño sendero que aboca á una puerta trasera, se internaba en el monte á muy poco trecho, apareciendo y desapareciendo á diferentes intervalos, segun los accidentes del terreno. Entré por el sendero y comencé á trepar por la montaña, en medio de los cactus, de los granados y de las adelfas.

A medida que subia, el paisaje, limitado al Sur por Mesina, y al Norte por la punta del Faro, aumentaba en proporciones á mis ojos, mientras que al Este se extendia, á la manera de un pabellon sembrado por todas partes de aldeas, de valles, de bosques y de montañas, esa vasta colina de los Apeninos, que nace detrás de Niza, atraviesa toda la Italia, y va á terminar en Reggio. Poco á poco comencé á dominar á Mesina y despues al Faro ; mas allá de Mesina aparecia como una extensa sábana de plata tendida al sol, el mar Jonio ; mas allá del Faro se desarrollaba mas estrecho y como una inmensa cinta de moaré de color de lapislázuli, el mar Tirreno ; á mis piés tenia el estrecho que dominaba en toda su longitud, cuya corriente era tan sensible como la de un rio, y que me señalaba por una ebullicion

completamente visible, las fauces de Carybdis, tan temidas de los antiguos, y que Homero en la Odisea coloca á un tiro de flecha de Scyla, por mas que en realidad estén á trece millas.

Me senté bajo un magnífico castaño, con esa especial sensación del hombre que se encuentra en un país que ha deseado hace mucho tiempo recorrer, y que duda hallarse realmente en él; que se pregunta si las aldeas, los cabos y las montañas que tiene ante su vista son realmente aquellos de que ha oído hablar tan á menudo, y si es á ellos á los que se aplican todos esos nombres poéticos, sonoros, armoniosos, con que le han mecido en su juventud el griego y el latin, esas dos nodrizas del entendimiento, ya que no del alma.

Estaba yo efectivamente en Sicilia, contemplaba yo los mismos lugares que habian visitado Ulises y Eneas, que habian cantado Homero y Virgilio. Aquella aldea pintoresca, próxima á una roca elevada, y coronada de un castillo fuerte, era Scyla, que habia aterrado tanto á Anquises. Aquella mar hirviente á mis piés, y que tantos siglos habian sido precisos para encalmarla, era el velo que encubria la implacable Carybdis, donde Federico II arrojó aquella copa de oro, que en vano intentó recoger, lanzado por tercera vez en el abismo, Colás el Pesce, héroe poético de la balada de *El Buzo*, de Schiller. En fin, apoyaba mis espaldas en aquel fabuloso y gigantesco Etna, tumba de Encelado, que toca al cielo con su cabeza, lanza piedras hechas ascua hasta las estrellas, y hace temblar la Sicilia cuando el gigante se pultado, viviendo en su seno, trata de volverse de otro

lado. Pero el Etna, como Carybdis, estaba muy tranquilo; y así como este abismo, en lugar de tragar el agua y arrojarla al cielo manchada con su negra arena, no tiene mas que la ligera ebullicion de que he hablado, el Etna tampoco arroja mas que un humo débil, que anuncia que el gigante está dormido, advirtiendo al mismo tiempo que no está muerto.

Estaba embebido en aquella fantástica ilusion, cuando ví al capitán al balcon de su casa que me hacia señal de que todo estaba dispuesto para comer, y que á nadie mas que á mí se aguardaba. Le respondí del mismo modo que iba á subir á una especie de pequeño monumento que descubria á cincuenta pasos mas arriba, y que bajaria en seguida. Me contestó con un gesto que significaba que era dueño de satisfacer aquella curiosidad. Me aproveché al punto del permiso.

Era una columna pequeña y circular, de ocho á diez piés de altura y tres ó cuatro de circunferencia: estaba excavada en el medio, y basares de piedra la dividian en tres ó cuatro nichos sobrepuestos. En aquellos nichos me pareció ver gruesas bolas, y de ningun modo comprendia lo que podia ser, cuando aproximándome mas, distinguí que en aquellas bolas estaban dibujados ojos, una nariz y una boca. Dí algunos pasos mas, y reconocí que eran simplemente tres cabezas de hombres separadas de su tronco y que se secaban al sol. Dudé un instante, pero no me equivocaba, estaban perfectamente completas, con cabellos, dientes, barba y cejas. Eran efectivamente tres cabezas.

Se comprende que mis primeras palabras cuando bajé

fueron para preguntar al capitán qué hacían allí aquellas tres cabezas. La historia era muy sencilla. Un buque calabrés se había aproximado á las costas de Sicilia para introducir contrabando, á pesar de ser en tiempo de còiera, y estarle prohibido desembarcar sin patente. Tres de aquellas desgraciados habían sido cogidos, juzgados, sentenciados á muerte y decapitados, y sus cabezas se habían puesto allí para servir de escarmiento á los que tuvieran intención de imitarlos. Esto me recordó que yo también estaba en Sicilia como contrabandista, y que en lugar de diez y ocho días que hubiera debido pasar en Roma para acabar mi cuarentena, había salido de allí al cabo de catorce días, y que había todavía vacío un cuarto nicho.

Mi pobre capitán había echado el resto, y Giovanni había hecho maravillas. Había sobre todo cierto plato de pescado que me pareció una obra maestra: pregunté el nombre de aquel respetable cetáceo, que todavía no conocía, y que sin embargo me parecía tan digno de ser conocido: supe que me las había con el *pesce spada*.

Recordé haber leído en mi juventud muy lindas descripciones del modo como el pez espada, llamado también espadon, aprovechándose del instrumento terrible con que la naturaleza ha armado la punta de su nariz, atacaba alguna vez á la ballena, la presentaba rudos combates, y que después, saltando fuera del agua y dejándose caer sobre ella de cabeza, la traspasa con su dardo, que comunmente tiene cuatro ó cinco piés de largo; pero aquí terminaban las noticias del naturalista.

Me había, pues, contentado hasta entonces con mirar al espadon bajo el aspecto de su aptitud para la esgrima, y nada más; pero ví que Mr. Buffon le había hecho poco favor, puesto que poseía, como pescado, cualidades desconocidas y no menos estimables que aquellas de que su historiador se había hecho el apologista, y que desde luego merecía en la *Cocinera de la Ciudad* un artículo necrológico tan importante como el biográfico que tenía ya en la historia natural.

El postre no era menos notable que las entradas, se componía de granadas y naranjas magníficas, á las que se unía una fruta que no me era menos desconocida que el pescado acerca del que acababa de recoger tan preciosos vormenores. Aquella fruta era el higo de la India, ese eterno maná que la Sicilia ofrece tan pródigamente á la sensualidad del rico y á la miseria del pobre. En efecto, desde que se sale por las puertas de una ciudad, se ven elevarse por todos lados inmensos cactus cargados de aquel fruto. El higo chumbo es del grueso de un huevo de gallina, rodeado de una pulpa verde y defendido por haccitos de espinas cuyo pinchazo produce una durable y dolorosa comezon; así que hace falta cierto estudio para descascarar la fruta sin peligro. Hecha esta operación, sale por la abertura una bola de carne amarillenta, dulce, fresca y que se deshace, que al principio desagrada su sabor que tiene cierto frescor, pero de la que al cabo de ocho días, concluye uno por hacerse una necesidad. Los Sicilianos son aficionadísimos á esta fruta, que es para ellos lo que el cocomero para los Napolitanos, con la diferencia de que el cocomero necesita al-

gun cultivo, y no se puede adquirir gratuitamente, al paso que el higo chumbo crece en todas partes, en la arena, en las tierras fértiles, en las pantanosas, en las rocas y hasta en las grietas de las paredes, y no necesita mas trabajo que cogerle.

Terminado aquel almuerzo, uno de los mas nutritivos que seguramente he hecho en mi vida, me invitó el capitán á asistir á la fiesta del Sepulcro de san Nicolás, se comprende que me guardaria bien de rehusar semejante proposicion. Nos pusimos en camino subiendo por por el camino que conduce al Faro. Bien pronto nos internamos á la izquierda, entre ligeras desigualdades del terreno que nos hicieron perder de vista el mar : en fin, nos hallamos á la orilla de un pequeño lago aislado, azul, cristalino, brillante como un espejo, rodeado, á la izquierda, por una fila de casas y á la derecha por una cadena de montes que impide á aquella linda seccion marítima derramarse en el estrecho. Era el lago de Pantena. Sus orillas presentaban el aspecto de una funcion campestre en su mas imponderable sencillez, con sus juegos de una maravillosa destreza, sus mercados llenos de fruta y sus tarantelas.

Entonces fué cuando por primera vez tuve ocasion de examinar aquel baile en todos sus detalles. Es un baile perfecto y el mas cómodo de todos, siempre que haya música, y aun en rigor, se puede cantar ó silbar el tono á un mismo tiempo. Lo baila uno solo ó dos, ó cuatro, ú ocho ; é indefinidamente, si se quiere, pareja de hombres ó mujeres, que se sepa ó no se sepa : la cosa no era difícil, segun parecia, y no tenia trazas de

incomodar mucho á los bailarines : cuando uno de los espectadores tiene á su vez deseo de bailar, sale al círculo de los circunstantes, entra en el espacio reservado al baile, salta alternativamente sobre uno ú otro pié, hasta que otra persona sale y se pone á bailar frente á él. Si el presentarse pareja se retarda y la monocoreografía cansa al actor, se aproxima siguiendo el compás de la copla que baila ya, da un codazo al hombre ó á la mujer que hace mucho tiempo está bailando, le envia á descansar y ocupa su puesto sin que la galanteria le exija hacer distincion de sexo. Es verdad, y preciso es decirlo, que los Sicilianos aprecian todas las ventajas de un jaleo tan indepediente ; la tarantela es una verdadera enfermedad entre ellos. Habia yo llegado á la orilla del lago con el capitán, su mujer, Nunzio, Giovanni, Pietro y Peppino. Al cabo de diez minutos me hallé completamente solo, y en libertad de entregarme á todas las reflexiones que tuviese por conveniente hacer. Todos saltaban á cual mas, y no habia nadie, hasta el hijo del capitán, que no estuviera convulso ante una especie de gigante que no se diferenciaba de los ciclopes, de los que parecia descender en línea recta, sino por la casualidad que le habia dado dos ojos.

En cuanto á la música que daba movimiento á todo aquel gentío, no estaba, como se acostumbra entre nosotros, reunida en un solo punto, sino por el contrario, diseminada por las orillas del lago : la orquesta se componia generalmente de dos músicos, uno tocando la flauta y otro una especie de laud. Aquellos dos instrumentos acompañándose producian una melodía Las-

tante semejante á la que entre nosotros tiene el privilegio de hacer bailar exclusivamente los perros y los osos. Los músicos eran ambulantes, y buscaban quien bailase en vez de ser buscados por los aficionados. Cuando habian hecho agotar las fuerzas del grupo que les rodeaba, y la cuestacion, que se dejaba á la generosa apreciacion del público, no producía, se ponian en marcha, tocando continuamente su aire, y no habian andado veinte pasos, cuando en su camino se formaba otro grupo y les obligaba á hacer otra parada coreográfica. Conté setenta músicos, todos mas ó menos ocupados.

Cuando estaba la fiesta mas animada, y á eso de las tres, la urna de san Nicolás salió de la iglesia donde está guardada : al punto cesaron los bailes ; todos corrieron á ocupar su puesto en el acompañamiento y comenzó la procesion á dar vuelta al lago, acompañada de la continua explosion de millares de cohetes.

Aquella nueva ocupacion duró casi hora y media, despues de cuyo tiempo la urna volvió á entrar en la iglesia con los curas, y el gentío se esparció de nuevo al rededor del lago.

Como se hacia tarde, y habia ya visto de la fiesta todo lo que queria ver, me despedí del capitán, que hizo una señal á Pietro y á Giovanni, los cuales al punto dejaron sus parejas de baile sin decir una palabra y acudieron corriendo : su intencion era hacerme volver por mar con la lancha del Speronare, á fin de evitarme el andar las dos leguas que me separaban de Mesina. Intenté rehusar, pero no hubo medio, y Giovanni hizo

tantas instancias y Pietro dió tantas cabriolas, miraban los dos como de tanto precio el honor de volver á conducir á mi excelencia, que su excelencia, que en su interior no le disgustaba irse á tumbar en una buena lancha en lugar de caminar sostenido por piernas bastante fatigadas de haberle estado llevando con un calor de treinta y cinco grados, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, concluyó por aceptar, prometiéndose, es verdad, indemnizar á Pietro y Giovanni del placer que dejaban. Llegamos, pues, charlando hasta la aldea Della-Pace, ellos hablándome sin cesar con el sombrero en la mano, y yo no teniendo otra ocupacion que hacerles poner su sombrero en la cabeza. Así que llegamos frente á la casa del capitán desembarcaron una barca, salté dentro y como la corriente era buena, comenzamos, sin gran trabajo para aquella buena gente, á bogar por el estrecho, dejando á nuestra derecha buques de una forma tan singular que concluyeron por llamar mi atencion.

Eran chalupas ancladas, sin cordaje y sin vergas, de cuyo centro se elevaba un solo mástil de una altura extremada : en lo alto de aquel mástil, que podria tener veinte y cinco á treinta piés de largo, un hombre de pié sobre un travesaño semejante al en que se apoya un papagayo, y atado por medio del cuerpo á la especie de árbol contra el que estaba apoyado, parecia estar de centinela con sus ojos inmóviles, fijos sobre el mar ; en ciertos momentos gritaba y agitaba los brazos : á sus clamores y señales, otra barca mas pequeña y como la primera de una forma particular, teniendo un mástil

mas corto, en la extremidad del cual estaba atado otro centinela, tripulada por cuatro remeros que la hacian volar sobre el agua, dirigida desde la proa por un hombre colocado de pié y con un harpon en la mano, se lanzaba rápida como una flecha y hacia extrañas evoluciones, hasta el momento en que el hombre del harpon habia lanzado su arma. Pregunté á Pietro la explicacion de aquella maniobra : Pietro me contestó que habiamos llegado á Mesina en la época de la pesca del *pesce spada*, y que aquella era la pesca á que asistíamos. Al mismo tiempo Giovanni me enseñó un enorme pez que sacaron á bordo de una de aquellas barcas, y me aseguró que era enteramente idéntico á aquel que habia yo comido en el almuerzo y á cuyo valor habia hecho justicia. Faltábame saber cómo era, que hombres tan religiosos como son los Sicilianos, se entregaban á un trabajo tan penoso el día santo del domingo ; pero este último punto fué aclarado por Giovanni en el mismo instante, el cual me dijo que el *pesce spada* es un pescado de paso, y no verificándose ese paso sino dos veces al año y durando muy poco tiempo cada una, estaban los pescadores autorizados por el obispo para pescar los domingos y fiestas de guardar.

Me pareció tal novedad aquella pesca, ya por la manera de ejecutarse, ya por la forma y la fuerza del pescado en cuestion, que aparte de mi natural aficion á las distracciones de aquel género, me entró mas deseo del que comunmente tengo por disfrutar de aquella. Pregunté, pues, á Pietro si no habia medio de ponerme en relacion con algunos de aquellos buenos hombres, á

fin de presenciar su trabajo. Pietro me respondió que nada mas fácil, pero que se podia hacer otra cosa mejor : pescar nosotros mismos ; puesto que la tripulacion estaba á nuestro servicio, en el puerto como en la mar, y todos nuestros marineros habiendo nacido en el estrecho, estaban familiarizados con aquel entretenimiento. Acepté en el mismo instante, y como pensaba, suponiendo que la salud de Jadin lo permitiese, marchar de Mesina á los dos dias, pregunté si seria posible arreglar la pesca para el dia siguiente. Mis Sicilianos eran hombres admirables que no veina ningun imposible : así, despues de mirarse el uno al otro y haber cambiado algunas palabras entre sí, me respondieron que nada era mas fácil, y que si queria autorizarles para gastar dos ó tres duros para comprar los objetos que les faltaban, estaria todo dispuesto para el dia siguiente á las seis : bien entendido, que mediante este adelanto hecho por mí, el pescado cogido era de mi propiedad. Les respondí que mas tarde nos entenderíamos sobre este punto. Yo les di cuatro duros y les recomendé la mas escrupulosa exactitud. Algunos minutos despues de concluido el contrato, atracamos al pié de la aduana.

La vista de este edificio me recordó al pobre Cama, á quien habia olvidado completamente. Pregunté á mis dos remeros si sabian alguna cosa de él ; pero ni el uno ni el otro habian oido decir nada : era dia de fiesta y por lo tanto era inútil ocuparse de aquello en aquel dia. A la mañana siguiente estábamos desde muy temprano dispuestos para aguardar á que las autoridades

recibieran. Dije á Pietro previniera al capitán que me aguardase en la fonda hácia las once de la mañana, es decir, á la vuelta de nuestra pesca, con el objeto de dar juntos los pasos necesarios para la libertad del preso. Por lo demás, habiendo pagado á Cama al partir de Nápoles un mes anticipado, estaba menos inquieto con respecto á su cuenta; con el dinero se sale de cualquiera asunto, aun de la cárcel.

Hallé á Jadin tan bien como podia esperarse; habia despedido á su médico dándole tres duros, y llamándole viejo intrigante. El médico, que no hablaba francés, no habia comprendido sino aquella parte de la conversacion que se comprendia por la vista y se habia despedido besándole las manos.

Anuncié á Jadin la partida de pesca dispuesta para el dia siguiente, y en seguida hice enganchar los caballos á una especie de carruaje que nuestro fondista tuvo la audacia de pretender hacerle pasar por una calesa, y fuimos á dar un paseo por la Marina.

Hay verdaderamente en los climas meridionales un espacio cotidiano de tiempo delicioso, tal es entre las seis de la tarde y las dos de la madrugada. Realmente no se vive sino durante aquel período del dia; al contrario de lo que sucede en nuestros climas del Norte, por la noche es cuando todo se despierta. Los balcones y las puertas de las casas se abren; las calles se animan, las plazas se llenan de gente. Un aire fresco purifica aquella atmósfera de plomo que ha pesado todo el dia sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Elévase la cabeza, las mujeres vuelven á adquirir su sonrisa, las flores sus

perfumes, las montañas se coloran de tintes violados, la mar esparce su acre é irritante olor: en fin, la vida que parecia próxima á extinguirse, se rehace y corre por las venas con un extraño aumento de sensualidad.

Permanecimos dos horas dando *corso* en la Marina; pasamos otra hora en el teatro oyendo allí cantar la *Norma*. Recordé entonces aquel bueno y querido Bellini, que al entregarme en el momento de mi partida de Francia cartas para Nápoles, me habia hecho prometerle, si iba á Catania su patria, ir á dar noticias suyas á su anciano padre. Estaba decidido á cumplir religiosamente mi palabra, y muy lejos de creer que las que diera á su padre serian las últimas que debia recibir de él.

Durante el entreacto fui á dar gracias á la señorita Schulz por el placer que me habia causado la noche de mi llegada á Mesina, cuando habia pasado cerca de mi barca, lanzando á la brisa siciliana aquella vaga melodía alemana que Bellini ha probado no serle tan extraña como creia.

Era tiempo de volvernos. Para un convaleciente, Jadin habia hecho una locura; queria obstinadamente volver á pasar por la Marina; pero yo me opuse con firmeza y nos volvimos por camino recto á la fonda. Debiamos levantarnos al dia siguiente á las seis de la madrugada y eran cerca de las doce de la noche.

Al dia siguiente á la hora convenida, nos despertó Pietro, que habia dejado su traje de dia de fiesta que llevaba la *víspera*, para volver á tomar el de marino. Todo estaba preparado para la pesca, hombres y chalupas nos esperaban.

A nuestra vez nos aviamos en un instante; nuestro traje no era ciertamente mas elegante que el de nuestros marineros; el mio consistia en un gran sombrero de paja, un saco de marino de tela gruesa de estambre y un anecho pantalon. Jadin no habia querido renunciar al traje que habia adoptado para todo el viaje, llevaba la gorrilla de tela, el gaban de pana cortado á la inglesa, el pantalon medio colán y los botines.

Hallamos en la chalupa á Vincenzo, Filippo, Antonio, Sienni y Giovanni. Apenas entramos en ella, los cuatro primeros tomaron los remos: Giovanni se puso en la proa con su harpon; Pietro subió sobre la percha, y fuimos al cabo de diez minutos de marcha á colocarnos al pié de una de las barcas ancladas que llevaban al extremo de sus mástiles un hombre á guisa de veleta. Durante aquel trayecto, observé que el harpon de Giovanni estaba atado á una cuerda del grueso del pulgar, que iba á arrollarse á un tonel serrado por la mitad, el cual ocupaba casi del todo. Pregunté qué largo podia tener aquella cuerda, y se me contestó que tenia ciento veinte brazas.

A nuestro alrededor pasaba una escena muy animada: era esta los gritos y figuras ininteligibles para nosotros, de las barcas que volaban sobre el agua como golondrinas: luego de tiempo en tiempo hacian un alto durante el cual se sacaba á bordo un enorme pescado armado de una magnífica espada. Solo nosotros estábamos inmóviles y silenciosos; pero bien pronto nos llegó nuestra vez.

El hombre que estaba en lo alto del mástil de la bar-

ca anclada arrojó un grito de aviso, y al mismo tiempo señaló con la mano un punto del mar que estaba, según parecia, hacia nuestro sitio. Pedro respondió gritando: ¡partid! Al punto nuestros remeros se levantaron para dar mas fuerza y saltamos mas bien que nos deslizamos sobre el mar, describiendo con una ligereza de que no se puede tener idea, las curvas, los zig-zags y los ángulos mas rápidos y mas fantásticos, mientras que nuestros marineros para animarse los unos á los otros, exclamaban con ahinco: ¡Tutti do! ¡tutti do! Mientras tanto Pietro y el hombre de la barca anclada se revolvián como endemoniados, comunicándose como telégrafos, indicando á Giovanni que se tenia recto, inmóvil, fija la vista y su harpon en la mano, en el asiento del Rómulo de las *Sabinas*, el sitio donde estaba el *pesce spada* que perseguíamos. En fin, los músculos de Giovanni se contrajeron, levantó el brazo; el harpon, lanzado con todas sus fuerzas, desapareció en el mar, la barca se detuvo en el instante mismo con una inmovilidad y un silencio completos. Pero muy pronto el mango del harpon volvió á aparecer. Sea que el pescado estuviese á una gran profundidad, sea que Giovanni se precipitase demasiado, habia salido fallido su golpe. Volvimos sumamente avergonzados á ocupar nuestro puesto cerca de la barca grande.

Media hora despues, volvieron á comenzar los mismos gritos y los mismos gestos, y fuimos llevados de nuevo con un laberinto de vueltas y revueltas; cada uno trabajaba con tanto mas ardor, cuanto que todos tenian una revancha que tomar y una rehabilitacion que

conseguir. Así ahora Giovanni hizo dos veces el movimiento para lanzar su harpon, y dos veces se contuvo; á la tercera el harpon se sumergió silbando por el aire: detúvose la barca, y casi al mismo tiempo vimos desarrollarse la cuerda que estaba sujeta al tonel; aquella vez el espadon estaba herido y llevaba el harpon del lado del Faro, sumergiéndose rápidamente en el agua. Seguimos su camino indicado siempre por la direccion de la cuerda; Pietro y Giovanni habian saltado en la barca y habian cogido otros dos remos que se habian colocado al costado; se animaban unos á otros con el famoso *tutti do*. Y sin embargo, la cuerda, que continuaba desarrollándose, nos probaba que el espadon nos ganaba; pronto llegó aquella á su fin, pero estaba enganchada en el fondo del tonel, el cual cayó al mar, y se alejó rápidamente sobrenadando como un globo. Seguimos al tonel, que á poco tiempo por sus caprichosos movimientos y sus sacudidas, anunció que el espadon estaba en la agonía. Nos aprovechamos de aquel momento para recogerle. De cuando en cuando le hacian sumergirse sacudidas violentas, pero al instante casi volvía á flotar sobre el agua. Poco á poco las sacudidas disminuyeron, les sucedieron simples estremecimientos, y por último, aquellos estremecimientos cesaron. Aguardamos todavía algunos minutos antes de tocar á la cuerda.

Al fin Giovanni la cogió y la atrajo hácia sí con pequeños tirones, como hace un pescador de sedal cuando coge un pescado demasiado voluminoso para su anzuelo y su crin. El espadon no correspondió con movimiento alguno; estaba muerto.

Bogamos hasta que estuvimos á plomo sobre él. Estaba en el fondo del mar, y segun podíamos juzgar por la cuerda que habia fuera del agua, debía tener el mar en el sitio en que nos encontrábamos, quinientos piés de profundidad. Tres de nuestros marineros comenzaron á tirar de la cuerda suavemente y sin sacudidas, mientras otro la iba arrollando en el tonel para que estuviese dispuesta en caso de necesidad. Jadin y yo hacíamos contrapeso en la barca con el resto de la tripulacion, porque si todos hubiésemos estado en el mismo lado, hubiese zozobrado.

Duró la operacion media hora larga; despues Pietro me hizo señal de ir á ocupar su puesto, y él fué á sentarse en el mio. Me incliné sobre el borde de la barca y comencé á ver á treinta ó cuarenta piés bajo el agua una especie de relámpagos. Era al mismo tiempo que el espadon, que iba ascendiendo, daba una vuelta y nos enseñaba su plateado vientre. Muy pronto le tuvimos bastante próximo para que pudiésemos distinguir su forma. Nos parecia monstruoso; por fin llegó á la superficie del agua. Dos de nuestros marineros le cogieron, el uno por la cabeza y el otro por la cola, y le dejaron en el fondo de la barca. Tenia de largo, contando su especie de pico, cerca de diez piés franceses.

El harpon tenia atravesado todo el cuerpo, de modo que se desató la cuerda, y en lugar de sacarle por el mango, tiraron del hierro, y pasó todo á través de la doble herida. Concluida aquella operacion, y lavado, enjugado é izado el harpon, Giovanni cogió una sierrita y serró la espada del espadon junto á la nariz; des-

pues serro otra vez la espada seis pulgadas más allá y me presentó el pedazo; hizo trotante para Jadin, y al punto él y sus compañeros serraron el resto en tantas partes cuantos eran los remeros, y se las repartieron. Ignoraba yo todavía con qué objeto se hacía aquella distribución, cuando vi á cada uno llevar apresuradamente su pedazo á la boca, y sorber con placer la especie de tuétano que tiene en su interior. Confieso que aquel regalo me pareció muy mediano; por tanto ofrecí el mío á Giovanni, que se opuso mucho á tomarle, pero que al fin le cogió y se lo tragó. En cuanto á Jadin, en su cualidad de experimentador, quiso saber por sí mismo lo que era: llevó el pedazo á la boca, absorbió el contenido, giró un momento sus ojos, hizo un gesto, arrojó el pedazo á la mar, y se volvió hácia mí pidiéndome un vaso de moscatel de Lipari, que vació de un solo trago.

Yo no podía dejar de mirar nuestra presa. Seguramente nos había tocado uno de los más magníficos espadones que se pueden ver. Llegamos á la barca grande con nuestra presa, la hicimos pasar de una á otra, y en seguida nos preparamos á una nueva pesca. Después de dos harponazos frustrados, cogimos otro *pesce spada*, pero más pequeño que el primero. En cuanto á los detalles de su captura, fueron exactamente los mismos que los que ya hemos dado, con una sola excepción; y es que el harpon, habiendo herido partes más interesantes y más cerca del corazón, la agonía de nuestra segunda víctima se prolongó menos que la de la primera, y á la profundidad de setenta ú ochenta brazas de la cuerda murió el pez.

Eran las once menos cuarto, y había citado al capitán para las once: era, pues, tiempo ya de volver á la ciudad. Me preguntaron nuestros marineros qué quería que hiciesen de los dos peces. Les respondimos que no tenían más que guardarnos un pedazo para la comida que volveríamos á hacer á bordo á las tres, después de lo que, si el viento lo permitía, largaríamos velas para continuar nuestro viaje. En cuanto á lo demás del pescado, podían venderlo, salarlo ó regalarlo á sus amigos y conocidos. Aquella cesión generosa de nuestros derechos nos valió multiplicadas atenciones, y alegría y buena voluntad, lo cual, unido al placer que habíamos tenido, nos indemnizó ampliamente de los cuatro duros anticipados que habíamos dado.

Encontramos al capitán que nos aguardaba con su exactitud ordinaria. Jadin se encargó de arreglar nuestras cuentas con el fondista y de hacer provisiones por Giovanni y Pietro en el buque de frutas y vino. En seguida fuí con el capitán á ver al jefe de la policía mesinesa.

Nos hallamos, contra la costumbre, con un hombre amable y de buena sociedad. Además estaba emparentado con el doctor que había asistido á Jadin, el cual le había hablado de nosotros muy favorablemente. Le referimos lo que había pasado á Cama, que había olvidado su pasaporte por seguirme más pronto desde que había sabido que yo era un digno apreciador de Rolando, y como en fin, su negativa á cambiar de nombre, lo cual probaba la rectitud de su alma, había causado su arresto. El jefe de policía hizo que el capitán le pro-

metiese bajo palabra de honor, que Cama, durante todo el viaje, permaneceria á bordo del Speronare sin bajar un momento á tierra. Me permití observar á la autoridad que habia tomado un cocinero para que me compusiera la comida, y no como objeto de puro lujo. Añadí que como desde el instante en que ponía un pié á bordo estaba ya mareado, su sociedad me seria completamente inútil todo el tiempo que durase la navegacion, y le confesé que habia pensado desquitarme de aquel sacrificio durante nuestro viaje de tierra: pero por mas que yo hubiese querido hacer valer todas estas razones, excusado era me empeñase en ello, puesto que la sentencia estaba dada, y el juez no queria desistir de ella. Es verdad que me ofreció otro medio: dejar á Cama preso durante todo el viaje, y no recogerle sino á mi vuelta, y entonces me daría un certificado en el que constando que mi cocinero habia permanecido en Mesina por una causa independiente de mi voluntad, y que no podia ser atribuida sino á su propia falta, me dispensaria de pagarlo. Pero yo tuve compasion del pobre Cama. El capitán dió su palabra, y el jefe de policia en cambio me entregó la orden de poner en libertad al prisionero. Dejé al capitán el cuidado de hacer salir á Cama de la prision; le recomendé estuviese á las tres en punto en frente de la Marina, y volví á la fonda.

Encontré á Jadin disputando con el fondista, que queria hacerle pagar los almuerzos que no habia comido, so pretexto de que nuestras habitaciones eran de dos duros cada una, comprendiendo en ellos la manutencion: además presentaba una cuenta de diez y ocho

francos por limonada, agua de malvabisco, etc. Después de una amenaza muy positiva de ir á quejarnos á la autoridad de semejante robo, se convino en que todo lo que hubiésemos tomado, de cualquier modo que se hubiese tragado, pasaria por alimento. Resultó de aquí que Jadin, pagó su agua de malvabisco y su limonada como si hubiesen sido chuletas y bistek, gracias á que nuestro fondista queria dejarnos contentos y nos rogaba le recomendásemos á nuestros amigos.

A las tres vimos llegar á Pietro y Giovanni, que se habian constituido nuestros servidores, y que iban á buscar nuestras maletas. El viento era bueno, y no aguardaba el buque mas que nuestra llegada para darse á la vela. La primera persona con quien nos encontramos al subir á bordo, fué con Cama. La prision le habia sentado perfectamente; sus ojos se habian deshinchado y sus labios adelgazado, de suerte que habia recobrado una fisonomía algo mas humana. La encarcelacion, por lo demás, le habia vuelto algo mas tratable, y estaba dispuesto en lo sucesivo á adoptar todos los nombres que me agradase darle. Desgraciadamente, aquella abnegacion patronímica llegaba un poco tarde.

Por lo demás, con su salud, Cama reclamaba sus derechos; se habia vestido un traje de dia de fiesta para imponer el que intentase usurparle sus atribuciones. Llevaba la gorra de percal blanco, la blusa azul, el pantalon de nankin, el delantal de cocina levantado con mucha coquetería por un extremo, y apoyaba orgullosamente la mano izquierda en el puño de la cuchilla que pendia de su cinturon. Giovanni no tenia ni gorra

de percal, ni blusa azul, ni pantalon de nankin, ni deantal de lienzo, ni cuchilla de cocina graciosamente colocada á un lado; pero tenia antecedentes respetables, y entre sus antecedentes, el almuerzo que nos habia dado la vispera en casa del capitán. Tambien él parecia dispuesto á no hacer la menor concesion. Tenia por otra parte un auxiliar poderoso; este era Milord, que le habia reconocido hasta entonces por el verdadero distribuidor de los huesos y de la sopa y que estaba completamente dispuesto á sostenerle. Vi que la cosa marchaba con mucha suavidad hácia el mal: llamé al capitán y no queriendo descontentar ni al uno ni al otro de aquellos fieles servidores, le dije que no comeriamos hasta dentro de hora y media, y puesto que el viento era bueno, le rogaba que no perdiese tiempo en dar á la vela. Al punto todos los hombres fueron llamados para la maniobra, Giovanni como los otros. Levaron el ancla, desplegaron velas y comenzamos á marchar. En cuanto á Cama, bajó triunfalmente bajo cubierta.

Un cuarto de hora despues, Giovanni bajando á su vez, le halló tendido cuan largo era, cerca de sus hornillas. Lo que yo habia previsto habia sucedido. El mareo habia hecho su efecto. Cama no reclamaba ya mas que un colchon y el permiso de acostarse sobre cubierta.

La exigencia del jefe de la policia, que habia hecho jurar al capitán que Cama no pondria el pié en tierra, le prometia, como se ve, un viaje muy agradable.

Giovanni triunfó sin ostentacion. A la hora para que la habiamos pedido, la comida estuvo dispuesta y la hallamos excelente. El capitán tomó parte en ella con

nosotros y quedó convenido de una vez para en adelante que lo haria así todos los dias. A los postres, reparé que Peppino no habia parecido todavia y pregunté por él. Supe que su madre se habia quedado con él. Además, Gaétano, detenido por una especie de oftalmia, se habia quedado en tierra.

Durante la comida, el capitán nos dió noticias de la tempestad. No sin razon habia atemorizado á su mujer: seis buques habian naufragado en las diez y ocho horas que habia durado.

Hasta la noche seguimos por en medio del estrecho á igual distancia casi de las costas de Sicilia y de las de Calabria. En las dos costas, una vegetacion asombrosa, cuyas ramas iban á bañarse en el mar, competia en fuerza y en riqueza. Pasamos por delante de Conteni, Reggio, Pistorera y Santa Agata; al fin, entre las brumas del anochecer, vimos aparecer la pintoresca aldea de la Scaletta, cuyo nombre indica su aspecto y donde el capitán habia tenido su duelo con Gaétano Sferra. Llegó la noche, una de esas noches deliciosas, limpidas y perfumadas, como no se puede uno formar idea de que existan cuando no se ha abandonado nunca el Norte.

Sacamos nuestros colchones sobre el puente, nos echamos en ellos y nos dormimos, mecidos á la vez por el movimiento de las olas y por el canto de nuestros marineros, que á las diez, sintiendo amainar el viento, habian cogido animosamente el remo.

Cuando abrimos los ojos, eran las cuatro de la madrugada y estábamos al ancla en el puerto de Taormine.